

Iluminados y ConVersos

Suplemento de PUEBLO dedicado a la cultura

Coordinación: Eduardo G. RICO

De tertulia

Cenizas y diamantes

Juan C. VIDAL

LA biografía de Andrzejewski, recientemente cerrada, tiene un gran interés a la hora de considerar la literatura y el medio vital en que se desarrolla. Quizá haya sido este escritor polaco un caso inusual de tomas de postura diferentes y variedad de estilos, un prototipo a la hora de considerar los cambios históricos y su influencia en los modelos literarios.

«El orden del corazón», escrita antes de la guerra, se encuentra marcada por la literatura católica francesa de Bernanos y Mauriac. Ardiente defensor del realismo socialista después de 1949 —«El partido y la creación», «La guerra efectiva», «Los hombres y los hechos»—, resultó ser más tarde un apasionado detractor en «Miarza» y «El zorro de oro», obras que marcarían el comienzo de una nueva etapa.

Guarda para nosotros Andrzejewski la nota exótica de haber sido un escritor de temas españoles. Palideció el personaje del «Gran Inquisidor», el padre Torquemada, al igual que el pretencioso perfil literario de Picasso en «Saltando las cumbres». Lo mismo ocurrió con Siechen, su particular cura rural de «El orden del corazón».

Solia decir Andrzejewski que estaba harto de «Cenizas y diamantes». Consideraba otras obras más importantes, de mayor valor y calidad. Citaba en este sentido a «Las puertas del paraíso». Era consciente de que el éxito de su novela correspondía en gran parte a la versión cinematográfica de Wajda. El héroe no fue un héroe literario: la imagen del actor Zbigniew Cybulski, el mito del joven con botas altas y gafas negras que se parecía a James Dean, se convirtió en el símbolo de la joven generación polaca salida de la guerra.

La película encumbró a Wajda y se consolidó la obra literaria como un clásico al lado de las novelas de Sienkiewicz, Reymont y Nalkowska.

Representó «Cenizas y diamantes» el rostro de una generación perdida, frustrada, impotente, a cuestas con su dilema existencial. Una generación que quería vivir, reintegrarse a la normalidad.

La claridad del mensaje moral contrasta con la ambigüedad ideológica. ¿Era el amor compartido del partisano Cybulski y Ewa Krzyzewska el único diamante entre tantas ruinas? ¿Se hallaban las cenizas en el ebrio amanecer de los miembros del partido tras la orgía de la liberación acompañados por una confusa y desacompañada orquesta, mientras un rayo de sol filtrado por la rendija de una ventana deja entrever la suciedad del paisaje?

El absurdo final de Maciek, víctima de la fatalidad, ahorró cualquier tipo de respuesta.

Murió Andrzejewski sin haber logrado su sueño de ser reconocido con un galardón literario internacional. Con él descansa en la tumba el misterio que envuelve «Cenizas y diamantes».

A partir del próximo octubre



La nueva publicación se inspirará seguramente en «Liberation», de París, heredera del «Mayo» francés

Un periódico radical: "LIBERACION"

YA es más que un rumor: es una noticia verificada. Un grupo, por cierto no muy homogéneo a nuestro entender, prepara para octubre próximo la salida de un nuevo periódico que llevará el título de «Liberación».

Se conocen de sobra las resonancias de este título a partir de mayo de 1968. ¿Qué quedó del «mayo» francés? Un cambio en las modas y en las formas de comportamiento, un mayor desenfado en todas las manifestaciones de la vida, una llamada a la imaginación, la caída del general de Gaulle al año siguiente, unos cuantos periódicos, en su mayoría de limitada circulación, y Jean Paul Sartre y los sartrianos animando las desmayadas huestes estudiantiles refugiadas, en su mayoría, en las Redacciones de estos nuevos periódicos.

Una de las nuevas publicaciones, tras reducir «Rouge» su radio de acción a los trotskystas puros y fracasar los «maos» y «La Cause du Peuple», fue «Liberation». Sartre les dio su apoyo. Los «radicales» encontraron en sus páginas la plataforma que necesitaban y la extrema izquierda pareció recuperar su voz. Precisamente, a la muerte de Sartre, la Redacción de «Liberation» publicó un número extraordinario que constituye hoy, quizá, la mejor colección de documentos y análisis sobre el pensador existencialista. Entrar en la Redacción de «Liberation» suponía hace un par de años asistir a un homenaje permanente al autor de «Crítica de la razón dialéctica». Ahora está —o estaba— en la orilla derecha, que es como retirarse a los cuarteles de invierno desde el «frente» del boulevard Saint Michel.

Se supone —por el momento es una hipótesis que aventuramos— que «Liberation», en español, representará una especie de remedo del francés, y que tras la nueva publicación se situarán grupos «radicales», contestatarios, feministas, verdes y demás minorías. Porque del «Madrid», en el que todos ellos habían puesto sus esperanzas, se sabe que hay fuertes presiones de la antigua Redacción sobre Calvo Serer, y parece que

se inclinará hacia los liberales». Entrecorridos, claro.

Cena en casa de Miguel y Mari-Paz García, los antiguos «Vison», los que rigen la librería Antonio Machado. Sufrieron persecución en el pasado, como otras librerías progresistas, pero han sabido mantenerse a la misma altura de siempre. La cena ya es tradicional: los catalanes, editores y escritores, llegan a Madrid, y es un homenaje en su honor. En la calle de Fernando VI se reúnen escritores de aquí y de allá, y se producen cotilleos entre ciudades, siempre saludables. Esther Tusquets, tan meticulosa, tan orfebre, en su oficio de escritora y en su oficio de editora (Lumen). Le debemos a Virginia Woolf, a Beckett, a Weiss, a Aragón y, ¿por qué no decirlo?, a la Mafalda de Quino. Le debemos también las suyas, sus novelas, de versificados títulos, como «El amor es un juego solitario», «El mismo mar de todos los veranos»... Esther no tiene prisa y sabe gozar del tiempo. Beatriz de Moura, su ex cuñada (Tusquets), anda metida en una nueva colección, Metatemas, con un ejemplar, «Mente y materia», «que se lee en pocas horas y no se olvida en toda la vida», según me dice que ha escrito «Scientific American». Mientras tanto «La sonrisa vertical» va sobre ruedas. Llega Miguel Angel Aguilar, llega Juby Bustamante, llega el ministro Solana, bendice a todos y se va.

Yo elijo como «fin de fiesta» —es un decir— el local más cercano, Boccaccio, cuando la mayoría se ha ido a «Oliver», como Jorge Herralde (Anagrama), que nunca falla desde hace quince años. Y me voy con Manolo Vázquez Montalbán, que esta noche, más que por la gastronomía, está intrigado con una bebida, «Costa Brava». Mientras la probamos, pide información a los camareros. Esperemos que se la enseñe ahora a Carvalho.

Fallamos el premio Dorin, de teatro. María Asquerino aprende los secretos del sistema Goncourt. Conchita Montes ya se los sabe, pero vacila al escribir nombres. Es el bautizo del premio y Ramón Gómez quiere celebrar-

lo con champán, una bebida que sólo sirve para estos casos. Se riñe con Julio Mathias, el secretario de todos los premios, para animar un poco el debate.

Luego hubo una gran fiesta y Encarna Paso, Morera y Valencia (un técnico muy destacado) recibieron los premios. Mucho personal en la fiesta, nadie del Ministerio de Cultura, poquísimos de la Prensa. «Es sábado», justifica alguien.

La Feria del Libro ha continuado sin sobresaltos, salvadas las colas de los que más venden y la soledad de los que venden menos, a la hora de la firma. Vizcaino Casas jura y perjura que su último libro es el más comprado. Cada uno hace su propia promoción boca a boca. Y hace bien, a ver si conseguimos que cada español lea más de un libro al año, bueno, regular o malo. No hay que fiarse de algunas listas que se publican. Sé de un autor que figuraba en ellas el mismo día en que puso a la venta su libro. En literatura, sin amigos no se avanza un paso. Sospechosamente, no hay dos listas iguales.

Los Puerta de Oro

Amigo de todos es Abilio Cuesta, el mecenas de los Puerta de Oro. Cristina Peri Rossi —calidad probada— ganó el de cuentos, y entre los finalistas, muchos y buenos, figuraban Lorda Alaiz, socialista, y Herrero de Miñón («popular»). Herrero estaba en la comida. Coraje tuvo. Hoy publicamos su cuento, de título kilométrico y un tanto provocativo. Ustedes dirán. Herrero, tan de derechas, cae bien a la izquierda. La literatura admite el consenso. Se dice que Fraga estuvo una noche en Oliver. Quien sí estuvo, porque lo vi, fue Javier Moscoso, ministro de la Presidencia. Tomó una copa y se fue.

Leo que se editan treinta mil títulos al año en este país. ¿Para quién? ¿Para qué? Curiosamente, no hay editorial pequeña que resista la crisis. El mercado es de los cinco grandes (aquí pongan ustedes los nombres que prefieran).

El Curioso Impertinente

- El libro es una fiesta
- Se editan treinta mil títulos al año



- El ministro Solana estuvo en la cena
- Las supuestas listas de los más vendidos

Iluminados y ConVersos

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Homo sin sexualidad

«Tras los pasos de Ripley», de Patricia Highsmith. Editorial Anagrama.



HOMO sin sexualidad, tal es la curiosa manera con que un suplemento literario inglés define la última novela de esta Patricia que se ha convertido en escritora de moda en ciertas dimensiones sociales. Cuenta en esta narración la amistad de su ya conocido personaje Ripley con un joven que lo sigue hasta la desesperación. Es un rebelde contra su familia, contra su sociedad, contra el mundo. «Tras los pasos de Ripley» es una obra llena de incidencias, tal como habría que esperar, capaces de entretener al más aburrido; pero es, además, la historia bien contada de una rebeldía juvenil, en un tono que nada tiene que envidiar a otras novelas de contenido rebelde análogo y más pretenciosas.

Coll dará una sorpresa

«Poemas», de José Luis Coll. Polar Ediciones.

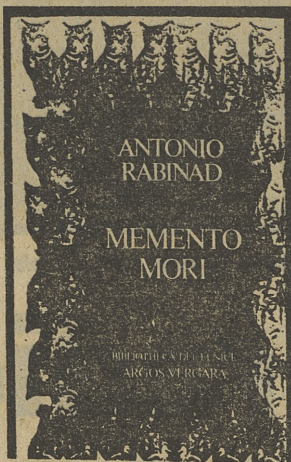


EN este periódico lo vengo sosteniendo desde hace meses: José Luis Coll dará cualquier día —el día que se decida a ello— una sorpresa mayúscula a nuestros eruditos a la violeta que se pasan el tiempo recreándose en mirarse el ombligo. José Luis Coll tiene preparada una obra cuya lectura desconcertará a críticos y lectores. Su imagen va a cambiar.

Este que hoy comentamos es un libro menor, una colección de canciones —«Cantares», dice él— dedicadas a las cosas cotidianas, con alguna penetración brillante y certera. Un juego entre el ingenio y el arte de medir y rimar: «La muchacha era muy fea./El muchacho lo sabía./La muchacha no lo amaba./El, en cambio, la quería». Coplas intrascendentes con que se desahoga el profundo escritor que Coll lleva dentro. Ya lo verá.

Un intento de exorcismo

«Memento mori», de Antonio Rabinad. Biblioteca del Felice.



LOS que llevamos bastantes años instalados en alguna de las múltiples dimensiones del mundo cultural hemos seguido la abrupta, desigual y agitada carrera de Antonio Rabinad, un barcelonés de 1927 al que debemos situar, no sólo por la fecha sino por su obra y sus relaciones, con la generación del 50, zona catalana. Rabinad viajó mucho: Francia, Venezuela, sobre todo y no puede dudarse de su experiencia vital. Sus novelas la denuncia. La última, «Memento mori», publicada en la colección que dirige Carlos Barral, Rabinad juega con la memoria y con la muerte, en un peligroso ejercicio de exorcismo. Su técnica es atrevida, se va centrando sucesivamente en los distintos personajes. Atrevida, pero no nueva. No hay reproche: no se va a inventar cada novelista una técnica todos los días.

Para hoy y para mañana

«Fin de siglo», revista de literatura.—Jerez de la Frontera.



SALEN, viven y desaparecen en silencio las revistas de la literatura no sufragadas. Nacen en torno a un grupo que expresa una dirección y un sentido en contradicción con otros. Los precedentes son viejos, pero los más eficaces se dieron en los cuarenta y los cincuenta, como plataformas de lo que Celaya llamó en alguna parte «focos». La poesía social no hubiera podido explicarse sin «Cuadernos del Norte», «Española» y otras. La que hoy traemos aquí se titula «Fin de siglo», se edita en Jerez de la Frontera y la dirigen Francisco Bejarano y Felipe Benítez. En su número cuatro aparecen trabajos en verso o en prosa de conocidos y desconocidos: Gil de Biedma, Miguel Teruel —hablando de la dimensión erótica de «Cien años de soledad»—, Rafael Alberti, Emilio Prados, Mario Satz, Caballero Bonald, Moyano, Ballesteros, etc. Que dure mucho, al menos hasta el año dos mil.

La aventura de «Manu»

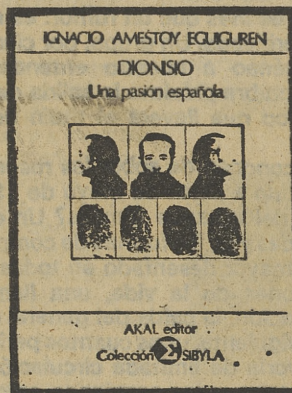
«La destrucción de Gandhi», de Manuel Leguineche. Argos Vergara.



CONCEBIR la vida como aventura —no como «hobby», sino como aventura con rendimiento y eficacia—, he aquí la clave de este vasco formado para la escritura bajo la orientación de Miguel Delibes en «El Norte de Castilla», y formado para la vida en un caminar interminable de oriente a occidente. No hay secretos en el mapa para Manu Leguineche. No los hay, tampoco, en la interpretación de los grandes acontecimientos políticos de esta segunda mitad del siglo, desde los nuevos modelos de golpe militar hasta este «Gandhi» y todo lo que se oculta tras su mito. Encabeza el libro una elocuente cita de Arthur Koestler, que contribuye a aclarar, de entrada, las tesis que se defienden en estas páginas.

Un hombre inolvidable

«Dionisio», de Ignacio Amestoy Eguiguren. Colección Sibila.



DIONISIO, «Una pasión española», constituye una obra dramática con numerosas connotaciones políticas, una «tragedia española» podríamos decir. Ignacio Amestoy Eguiguren, destacado como periodista y como dramaturgo, ha puesto sus muchas posibilidades expresivas al servicio de la evocación de Dionisio Ridruejo. La obra se inicia justamente el día de su muerte, el 29 de junio de 1975. Dionisio entregó su vida a la tarea de hacer, entre todos, y contra los poderes que entonces reinaban, un país respirable, más abierto y más libre. «Habrá que tener el valor de hablar de España —escribe José Monleón en el prólogo— sin que la palabra suene a cárcel, a paredón, a exilio o a mordaza...» Ignacio Amestoy Eguiguren tiene ese valor.

Más que un diccionario

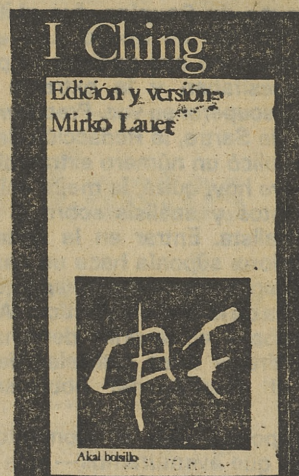
«Diccionario Cheli», de Francisco Umbral. Grijalbo.



EL profesor Tierno Galván, al que aquí siempre admiramos, ha sabido explicar muy bien lo que es el «cheli». Otros escritores, practican con gran personalidad y, paradójicamente, originalidad, «chelis» diferentes. El «Diccionario» de Francisco Umbral es, como todos sus libros, algo distinto, tanto en su concepción, como en su brillantez, como en el talento con que está compuesto. Cada libro de Umbral resulta deslumbrante; tiene un enfoque inédito, un abordaje nunca usado. En todos ellos, y en éste también, se advierte una gran erudición y un prodigioso estilo. Hay, además, un conocimiento del idioma y un juego con sus posibilidades pocas veces visto.

Para las vacaciones

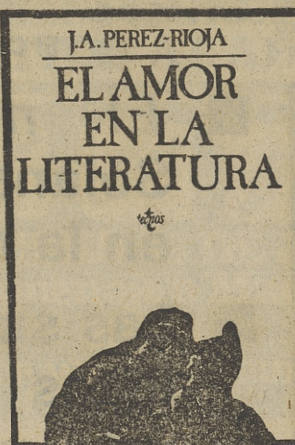
«I Ching», edición y versión de Mirko Lauer. Akal.



SÍ, para el ocio, para las vacaciones de verano o invierno, para el que busque investigar dentro de su propia vida con técnicas y métodos que no están al uso, viene bien una nueva edición, esta de Mirko Lauer, del libro famoso. Las modas pasan; pero ya se sabe que vuelven, y así está su cediendo con el «I Ching», que aquí pasaba de mano en mano hace poco más o menos una década. Ahora se nos da como el «libro del Cambio», lo que pone de relieve por dónde van los tiros de los editores. El caso es que sigue siendo el mismo «I Ching» de siempre, aunque sean otras las versiones. Conozcan, pues, los nuevos lectores, lo que el «yang» y el «ying» significan en su interior. Y además pueden divertirse.

El arte de amar

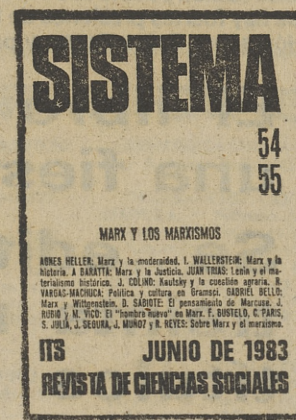
«El amor en la literatura», de J. A. Pérez-Rioja. Tecnos.



NADA tiene que ver, como cualquiera puede suponer, con la obra de Ovidio ni con otros «ars amandi» que han circulado a lo largo de la historia. La de Pérez-Rioja es, ante todo y sobre todo, una obra de erudición, bien planteada, ambiciosa y que constituye claramente el resultado de una labor muy detenida y prolongada. Es muy fuerte en algunos de sus aspectos y, a mi modo de ver, bastante débil en otros. Aborda Pérez-Rioja «aspectos y conceptos del amor» —los hay a millones; uno por cada ser humano— y nos habla desde la pareja humana al amor de Dios. Desarrolla el amor en la literatura a través del espacio y del tiempo y luego «la tipología literaria de amadores», tema en el que su descripción me parece exhaustiva. Termina con «las formas más elevadas del amor humano». Pienso que falta una mayor consideración del erotismo, bastante eludida. Es una opinión.

Dos en uno

«Sistema», revista de ciencias sociales. Número de junio.



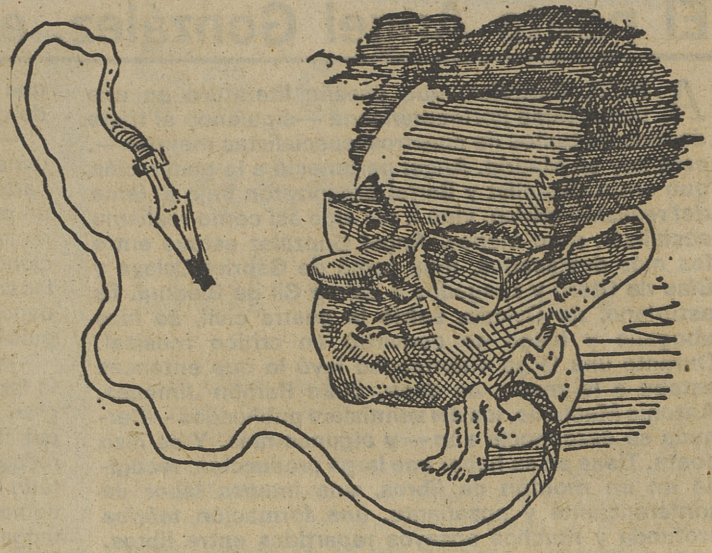
NO es sólo un número este de «Sistema»: no podía serlo para la envergadura del tema que aborda: Marx y los marxismos. Corresponde a los números 54 y 55 de esta revista que tiene como director a Elías Díaz y como secretario a José Félix Tezanos. Ambas firmas son elocuentes si se quiere comprender su orientación. Aquí encontramos, entre otros, interesantes trabajos enfocados desde distintos ángulos, uno, excelente, de la marxista de moda Agnes Heller, de la Escuela de Budapest, ahora exiliada. El artículo de la Heller, escrito este año, trata sobre «Marx y la modernidad». Habría que destacar otros muchos, pero yo me quedaría, por su originalidad, con el de Gabriel Bello titulado «Marx y Wittgenstein». Tiene interés el coloquio final, en el que intervienen Bustelo, Paris, Santos Juliá, Segura, Muñoz y Reyes. Entre ellos hay polémica, claro.

Iluminados y ConVersos

EXCLUSIVA

El cuento finalista del premio Puerta de Oro

Miguel Herrero R. de Miñón ha participado en un concurso de cuentos, el Puerta de Oro —jurado: Márquez Reviriego, Picatoste, Conte, Caballero Bonald, Carmen García Romeral y Abilio Cuesta—, y ha quedado finalista. Este suplemento ha conseguido, en exclusiva, el texto de la narración de Herrero de Miñón y lo reproduce en función del carácter polémico que tiene la participación del político, con la autorización del sr. Cuesta, que publicará un volumen con todos los cuentos finalistas. La elección no responde a la calidad —no conocemos los restantes—, sino al carácter insólito del hecho y a la curiosidad que lógicamente suscita.



Relación de los extraños sucesos ocurridos en la llamada costa de la Muerte, en el reino de Galicia, en torno al excelente caballero don Gonzalo Cañete de Trucios, del Consejo de Estado de Su Majestad el Rey Católico

—Por Miguel HERRERO R. DE MIÑÓN—

El protagonista de este breve relato apareció por el agreste lugar de San Benito, cerca de Corrubedo, muy recomendado por el deán de la colegiata de Iria, a quien, a su vez, había sido introducido por su colega de Mondoñedo, al parecer, antiguo condiscípulo suyo.

Poco sabían los lugareños del insólito huésped dispuesto a reposarse por aquellos parajes. Pero, inmediatamente, tuvieron de él la mejor impresión y formaron alto concepto. Se trataba de un hombre que parecía frisar ya los cuarenta y del que se sabía era letrado del Consejo de Su Majestad, demostraba en sus lecturas profundos conocimientos humanísticos y teológicos y, en sus aficiones, notable experiencia náutica. Las cartas y remesas de libros que, a través de las postas de Padrón, le llegaban de Compostela acreditaban su íntima relación con el cabildo y diversas cátedras de aquella Universidad. Y cuando, al atardecer, bebía unas tazas de vino con los pescadores, ante la pequeña lonja, confirmaban éstos sus sospechas de que tan docto personaje había pasado bastante tiempo en las galeras del rey, sin que su porte y talante pudieran hacer pensar hubiera estado allí ni como forzado ni, incluso, como simple marinero.

El caballero De Cañete había alquilado una pequeña, aunque hermosa, casa de piedra al borde de la aldea, frente al mar, rodeada de maizales. Dedicaba su tiempo a la lectura, la caza en el monte vecino y largos paseos por las dunas. Su entretenimiento favorito, sin embargo, era la dificultosa pesca con anzuelo desde las rocas cercanas de su casa y, fuera ya por gusto, ya por pura coincidencia, eran las horas que pasaba allí, fija la mirada en el océano, cuando éste más se embravecía, intentando sus olas llegar a lo alto del acantilado donde se sentaba el pescador.

Una mujer del lugar y un escudero constituían todo un servicio. Raramente recibía, aunque a muchos obsequiaba con las piezas cobradas en tierra y mar; y sus amistades eran tan distantes y a la vez cordiales, como varias, desde los clérigos de la zona y los vinculeros de Noya y Caramiñal hasta los marinos y pescadores del contorno.

De las conversaciones con éstos, siempre precisas, pero ajenas al detalle y elusivas de la propia biografía, como de algunas noticias traídas por los pescadores de la ría y por el arcipreste de Noya, los lugareños llegaron a reconstruir las líneas generales de una vida más esforzada que afortunada.

Teólogo en Lovaina durante su primera juventud, el personaje en cuestión había prestado atención excesiva a la poesía, no ya como sano entretenimiento, sino como medio de penetrar, conocer y exponer los arcanos del ser, radicado, a su juicio, no tanto en el pensamiento —según decían algunos contemporáneos— como en el sentimiento.

No le faltaron, por ello, problemas y censuras a Cañete. Pero quienes trataron de buscar peores intenciones, no consiguieron ir más allá de una ortodoxia formalmente impecable y un talante estético merced al cual el original universitario era



más proclive a viajar hasta la costa y extasiarse ante la mar que a frecuentar las, a su juicio, tediosas aulas.

Versos extraños de un, al parecer, Libro Sagrado de la India, que doctos viajeros trajeran a Lovaina y de los que don Gonzalo gustaba especialmente, afirmaban:

*«las aguas que son nuestras madres
nos llegan por oscuros caminos
para amamantarnos.»*

Pero el buen caballero parecía ir más allá en su efectiva inclinación hacia el piélago y muchos fueron quienes le vieron, reiteradamente, dialogando con las olas, ya para requerirlas, ya para increparlas, con la pasión de un enamorado.

Si, inquiría don Gonzalo, la mujer se ofrece como mar, ¿por qué no tomar la mar como mujer, esencia líquida de femineidad, y repetir con Calderón:

*«De los cuidados del día
ya absuelto el cabello ví
siendo océano de rayos
donde la mano feliz
Bucentoro de cristal
corrió tormentas de ofir.»*

Todo ello fue bastante para arruinar su prometedora carrera académica, por más que se recordaran en Flandes, y aún en París, las nuevas perspectivas que al pensamiento religioso hubiera abierto, de haber sido publicada, su disertación en torno a «Los prolegómenos materiales a toda crítica de la razón afectiva». Tan sólo algunos conocimientos, por amplios no menos superficiales; alguna intuición, por profunda no menos inacabada; y un brazalete de oro, arrojado ante él por la mar en la costa de Amberes durante uno de sus fúcrubantes paseos, y que siempre llevaba en la muñeca derecha, era cuanto don Gonzalo decía conservar de aquellos años.

Frustradas sus ambiciones universitarias, el entonces joven Cañete viajó incansablemente por mar e, incluso, parece llegó a recibir alguna comisión de oficial en la Marina Real. Solamente después de varios años de peligroso vagar, y tras prestar un muy docto servicio en el Consejo de S. M. Católica, fue cuando el excelente caballero decidió retirarse a la vida privada, iniciándola con un largo período de holganza en un rincón tan apartado como acogedor, a cuyo fin su antiguo compañero de estudios teológicos, a la sazón en Mondoñedo, le recomendó la, de todos olvidada, península del Barbanza.

El respeto que tales antecedentes infundían en cuantos los iban conociendo, el atractivo ligeramente melancólico que emanaba de la figura de Cañete, lo desahogado; si bien que no opulento, de su posición, hicieron que poco a poco su retraimiento fuera vencido por la hospitalidad de los vecinos, especialmente el vinculero de Noya y algunos marineros del contorno.

Con estos últimos consintió, más de una vez, en compartir jornadas de pesca, si bien, tras haberse perdido incomprensiblemente a pocas millas de la costa en una niebla espesa que, al decir del patrón, parecía tener por finalidad el retenerlos dulcemente mecidos a bordo e impedirles regresar, el propio caballero perdió el gusto por la mar. A quienes conocían su entusiasmo por la navegación e instaban a que les acompañase, solía responderles, con nada alegre ironía, temer a los celos de tan posesivo amante, «bestia insensible y fiera cruel», si por ventura su cariño fuera recíproco. Más de una vez recordaba los versos de Lope

*Si tú, en santo himeneo,
decides juntarte a mí
en galera iría por tí*

para, a continuación, si sus interlocutores eran más doctos, recitar la oda horaciana «Sic te diva».

Por eso, cuando a iniciativa del vinculero de Noya, de la Casa de Ovarios, el ilustre Cañete aceptó trasladarse por mar hasta Muros en compañía de la familia de su anfitrión, alguna comadre de la aldea sospechó que el temor ante la mar era chico en comparación con el interés que suscita en él la sobrina del acaudalado vinculero.

La travesía, que se suponía corta y placentera, resultó de insospechada peligrosidad debido, en parte, a la falta de previsión marinera del vinculero, convertido en improvisado patrón, y, en parte aún mayor, a extrañas circunstancias. Nada más hacerse a la mar, una espesa niebla cercó al buque, impidiéndole toda visibilidad, no ya de la costa, sino del propio espacio circundante, el viento amainó hasta inmovilizar al navío y, mecido en la impotencia, dejar a sus tripulantes aislados en una mar, de pronto, trasformada de amena ría en amenazador desconocido. Lo insólito de la situación favorecía actitudes no menos insólitas y, mientras el antiguo viajero trataba de escrutar desde proa la impenetrable niebla, la pulila del vinculero se apoyó en su espalda, primero, en su brazo después, en su pecho al fin.

No pudo durar mucho tan insinuante actitud, a la que el caballero estaba ya en trance de responder, porque, inesperadamente, el navío chocó con unos bajos como por encanto surgidos en su entorno, y, agitado por repentino oleaje, amenazó con estrellarse entre las rocas. Pretesfando el inminente peligro y murmurando unos versos de Lope,

(Pasa a la pág. siguiente)

El poeta Angel González, en Madrid

ANGEL González, que enseña literatura en una universidad norteamericana —siguiendo el triste destino de tantos de nuestros especialistas mejores—, está hoy en Madrid. Angel perteneció a la generación que entre Castellet y Barral organizaron bajo el lema del realismo crítico, vino a ser algo así como realismo socialista, pero menos. Angel González estuvo entre los más destacados, muy cerca de Gabriel Celaya y Blas de Otero y «pegado» a Jaime Gil de Biedma. Es asturiano, de Oviedo, sufrió la guerra civil, se hizo abogado y luego se convirtió en crítico musical. Durante una larga enfermedad leyó lo que entonces estaba a la mano, es decir, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, los del veintisiete publicados —Cernuda se desconocía aún— y algunos más. Y se hizo poeta. Tiene en su haber una larga producción, recogida en un montón de libros, una intensa labor de conferenciante y enseñante, una formación teórica profunda y muchos ensayos repartidos entre libros, periódicos y revistas. Sobre él —sobre su poesía— han escrito muchos, pero debe destacarse el libro publicado por el profesor Alarcos, un hondo análisis de su obra realizado a la manera tradicional, que es la que sigue prevaleciendo.

Angel González ha ganado en los Estados Unidos una ancha experiencia, pero sigue estrechamente vinculado a la cultura española, la que aquí se hace. Viene a menudo, y desde el Oeste americano sigue al día el desarrollo de la nueva literatura.

—¿Te sientes todavía vinculado a la generación llamada del cincuenta, con todas las connotaciones que se le atribuyen?

—Bueno, yo creo que la generación del cincuenta se presentaba como tal generación, es decir: manifestaba algunos rasgos compartidos, en las obras iniciales de los poetas que la compusieron. Más tarde, cada poeta evolucionó, de una manera personal, y hoy es difícil ver esa unidad en los últimos libros de poetas como José Angel Valente, Carlos Barral o yo mismo.

Lo que sí hubo dentro de esa supuesta «generación» fue, como Carlos Barral me recordaba hace pocos días, un grupo de amigos. En cuanto a esa amistad, que surgió cuando nuestros primeros libros, yo sigo considerando relacionado con la «generación del medio siglo», como también podría llamarse.

—Efectivamente ha existido esa evolución, en algunos casos muy notoria, como el de Gabriel Celaya,

que ahora se va acentuando cada vez más.

—¿No crees que aquella generación, o una buena parte de ella, respondió a un proyecto político de carácter radical, que condicionó, de alguna manera, las características de la tendencia socialrealista que siguió?

—Yo pienso que siempre la labor de un poeta es en gran medida consecuencia del tiempo en que vive y recoge de muchas maneras todo lo que caracteriza ese tiempo. Aunque un poeta tenga la pretensión o la vanidad de expresar un mundo íntimo, personal e intransferible, si es un gran poeta en sus versos resonará todo lo que circula en su

La oposición entre "garcilasistas" y "comprometidos"

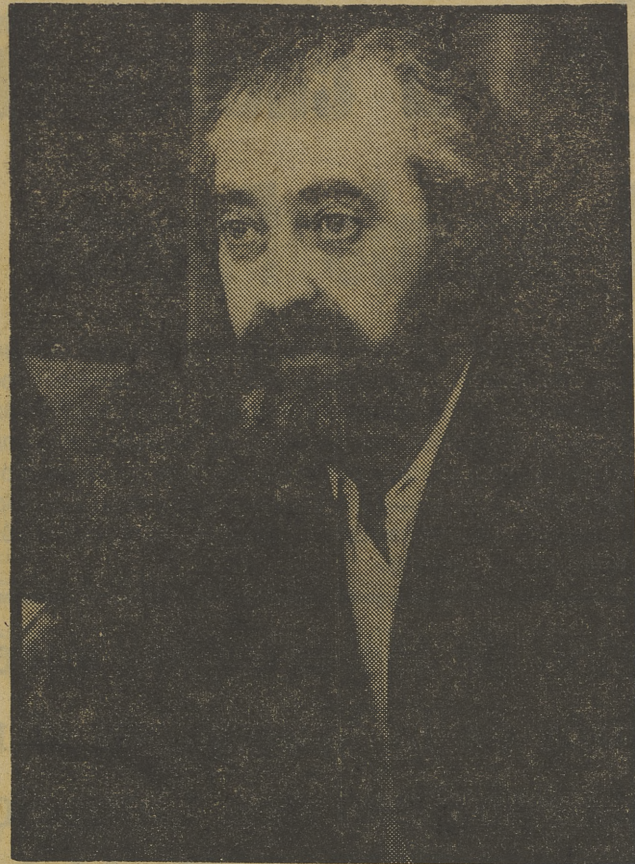
- "La «generación del cincuenta» fue, según Barral, un grupo de amigos"
- "La labor de un poeta es consecuencia del tiempo en que vive"

por ejemplo, que acaba de publicar «Memorias inmemoriales», hermosísimo libro que yo situaría en una posición abiertamente nihilista. ¿Tu línea ha seguido la misma dirección?

Para muchos Gabriel Celaya ha quedado detenido, como en una foto fija, en su momento de poeta social. Pero Gabriel Celaya había sido poéticamente muchas cosas antes de convertirse en poeta social y es lógico, que después de haberlo sido, siga evolucionando por caminos muy diversos. En mi caso pienso que no hay tanta distancia entre mis actitudes actuales ante la creación poética y las que entonces sostuve, tal vez porque no fui nunca un poeta tan radicalmente social como lo fue Gabriel hacia el año 1950. Lo que sí hay en mi poesía es un mayor fondo de escepticismo, que también existía desde mis primeros libros y

época. Esto ocurre, por ejemplo, con Garcilaso de la Vega, que tiene justamente la fama de ser uno de nuestros primeros poetas modernos por lo que aporta de intimidad biográfica; sin embargo, cuando leemos a Garcilaso no escuchamos sólo su dolor por el fracaso amoroso con Isabel de Freire, sino que oímos también todo lo que significaba el primer renacimiento español.

—Bien, pero, como sabes, en los años cuarenta y cincuenta existió una profunda contradicción entre dos escuelas: la vuestra y la llamada «garcilasista», que



representaba exactamente lo contrario de lo que defendíais, desde la evocación de Garcilaso. ¿Cómo te lo explicas hoy desde estas opiniones que acabas de manifestar?

—Me parece que esa contradicción que tú señalas justifica lo que te acabo de decir. En la oposición entre garcilasistas y «comprometidos» se está percibiendo la profunda división de la sociedad española de aquellos años.

—Este mes, como sabes, saldrá a las librerías la segunda edición ampliada del libro «Para parar las aguas del olvido» —ahora apare-

cerá con otro título—, que es obra de Paco Ignacio Taibo, uno de tus compañeros de infancia, en el dicho libro te ha convertido en personaje. ¿Es auténtica la evocación que hace de vuestra vida en los años difíciles de la guerra civil dentro de una sociedad hostil y fascista, cuando vosotros pensabais y sentíais la ideología contraria?

—El libro de Paco Ignacio Taibo me parece que responde con profunda fidelidad a lo que entonces vivimos. Es posible que se puedan apreciar en él pequeñas inexactitudes, en detalles también muy pequeños. Asimismo es posible detectar superposiciones imaginativas a los hechos históricos. Pero todo eso no invalida la verdad profunda del libro, que es una verdad histórica y poética. Paco Ignacio consiguió exponer con belleza, con lirismo y sin rencor, unas experien-

cias que en su día fueron amargas y terribles. Yo intenté responder capítulo por capítulo al libro de Taibo corrigiendo con mi memoria, o con mis olvidos, las vivencias protagonizadas por los dos en aquellos ya lejanos años. No lo hice porque fui incapaz de conseguir ese tono casi neutral, distante, de Paco Ignacio Taibo. Mi versión de los mismos hechos resbalaba repugnantemente hacia la autocompasión o hacia lo patético. Por esa razón no hice la versión paralela que había anunciado en el prólogo del libro. Pero creo que tendría interés esta dualidad de puntos de vista en la contemplación de aquel pasado, y tal vez algún día lo haga.

—Según creo, existe una gran confusión en el momento poético español que vivimos. ¿Cómo lo observas tú?

—Yo mismo soy el primer confundido. Tal vez porque llevo ya once años residiendo fuera de España no soy capaz de ver con claridad el panorama de la poesía más joven. Tal vez a esa confusión contribuya el hecho de que falta una crítica objetiva. Abundan los libros, abundan las críticas, pero estas críticas están casi siempre hechas por ellos mismos, cosa que no sucedía en el momento en que yo comenzaba a escribir.

¿Cómo un hombre como tú, sin práctica universitaria española, ha logrado integrarse en la universidad americana?

—Yo siempre digo con irónica vanidad que, la primera vez que asistí a una clase de literatura en una universidad, el catedrático era yo. Este hecho me obligó a estudiar y a acercarme al fenómeno de la creación literaria, no como autor sino como crítico. El resultado creo que fue muy positivo para mí y quisiera decir que me siguen contratando y reclamando de muchas universidades americanas, lo cual me hace pensar que tal vez sea positivo para mis estudiantes este nuevo acercamiento crítico al hecho literario.

Eduardo G. RICO

(Viene de la pág. anterior)

revolvióse el mar; que estaba como era mar de mujer sujeto a mayor mudanza

el marino rechazó a la atrevida joven y prestó su experimentado consejo al vinculo para salir de tan mal paso, lo que consiguieron con no pocos esfuerzos, permaneciendo ambos en el puente, una vez que las mujeres se hubieron reclinado en las cabinas.

Tras este desdichado episodio, el caballero De Cañete volvió a su primitivo retraimiento, impuesto, al parecer, más por la siempre presente imagen de la mar embravecida que por explicables conveniencias sociales. Una tarde, incluso, en la Gran Casa de Noya, el Arcipreste, tras la erudita mención de Herodoto (Historia, VII, 34, 35), ironizó sobre la conveniencia de seguir el ejemplo de Xerxes, ordenando azotar al Helesponto después de que una tormenta hubiera devorado los puentes recién tendidos sobre las aguas. Don Gonzalo, muy angustiado, masculló algo relativo a besos amargos y fuertes como el vino, que solamente las espumas sabían dar, de dolorosos abrazos de las hondas, del respirar ansioso del abultado pecho de las aguas, y la conversación se quebró en silencio.

pero el vinculo y su familia no cejaron en su empeño, y con reiterados halagos, obtuvieron que, en una granja de su propiedad, el risueño valle de Oleiros, donde lejos de la mar habían ido de excursión, el excelente caballero se declarase a María Antonia — así se llamaba la atrevida doncella copartícipe de los riesgos marinos— y pidiese su mano al hacendado.

Ya se habían concertado los esponsales cuando Cañete fue presa de extraña inquietud y desasosiego, a juicio de los más versados fruto de los trastornos que acompañan las primeras grandes tormentas del otoño, pero que aumentaron semana tras semana. Según los días amanecían más y más encapotados y la mar, fundida con el cielo en leche plomiza, batía con furia reciente la costa norte del Barbanza, el desdichado caballero, sumamente postrado, se consumía en profundas crisis nerviosas que hubieran parecido originadas por un ilimitado temor a quien no conociese lo mesurado y recio de su carácter. Tan precario era su estado de salud que hubieron de posponerse las ya concertadas nupcias. Y solamente un profundo reposo que le mantenía alejado de toda humana relación, salvo con sus domésticos y el Arcipreste de Noya, tan experto en el consuelo espiritual como en la medicina corporal, parecieron mejorar su estado, al inicio de la primavera.

El estallido de ésta en todo su esplendor, el cesar de la lluvia, los días claros y más largos y un cambio de aires hacia el interior, para residir en el pazo de unos amigos cerca de Mellid, hizo el resto, y el abatido Cañete recobró parte de su antiguo vigor y lozanía, aunque no dejaba de mostrar ciertos rasgos de nerviosa zozobra, de todo punto impropia de él.

La añoranza de una vida hogareña, especialmente intensa pasado el mediodía de los cuarenta, y la palabra ya empeñada de matrimonio, le indujeron, tras larga conversación con el Arcipreste, a reanudar sus proyectos matrimoniales fijando la boda para Pascua de Resurrección.

En aquellos felices proyectos tan sólo arrojaba cierta sombra la firme decisión del

caballero de afincarse lo más tierra adentro posible, que rechazando los ruegos de su prometida y los generosos ofrecimientos del vinculo, ordenó la compra de una casa en el corazón de Castilla.

Fue poco después, una tarde de Cuaresma, cuando sólo faltaban unas pocas semanas para el casamiento, mientras el caballero pescaba en las rocas que cierran por el suroeste la playa de San Benito, cuando el marino, que a tantos embates sobreviviera, pereció víctima de un insensato accidente. El muchacho que le acompañaba para llevarle los aparejos de pesca y que, por respeto a la gravedad de su eventual amo, se mantenía a prudente distancia, contó cómo, al acercarse el caballero a la punta donde se movía con extraordinaria violencia de sus cañas, una ola inesperada le había derribado. El caballero se levantó presto, pero, en vez de ponerse prudentemente en lugar seguro, avanzó gritando y gesticulando hacia la embravecida mar, según el muchacho, como si la increpara por haberle robado algo de su muñeca derecha. Un segundo abrazo de las olas se lo tragó.

Grande y sincero fue el duelo que en toda la comarca hicieron al excelente protagonista de estos sucesos, a quien altos y bajos habían estimado sus grandes prendas, tímido por su talante y, nadie sabía porqué, incluso compadecido desde el primer día de su estancia. Las anécdotas que de su agitada y polifacética vida se conocían, unos por referencias de terceros, otros porque él mismo a veces contara, contrariando su natural modestia y repugnancia a hablar cuanto personalmente le concerniera, dieron mucho que decir. El canónigo de Mondoñedo, su discípulo

de los años lovainenses, se trasladó hasta Noya y el propio San Benito para recopilar cuántos datos pudo y ponerlos ordenadamente por escrito. De esta relación he tomado yo, aprovechando mi paso por la biblioteca catedralicia de Mondoñedo, las anteriores notas.

De todo el manuscrito me impresionó, por la triste luz que arroja sobre la naturaleza humana, el siguiente detalle: el arcipreste de Noya, que tanta familiaridad llegara a tener con el buen caballero De Cañete, le contó una noche al canónigo cronista, después de la segunda botella de orujo, que, en secreto de confesión, Don Gonzalo había relatado estar desposado con la mar, desde que las olas, tras una de sus largas meditaciones en torno a la naturaleza femenina, entre amante y maternal, del océano, le habían obsequiado con un brazalete de oro que él, incauto, había recogido.

A juicio del alucinado penitente, la mar exigía de él fidelidad, cercanía y, por supuesto, celibato, y en ello creía ver un impedimento para su matrimonio con María Antonia.

El arcipreste, que había conseguido tranquilizar a su angustiado amigo y concertar la fecha definitiva de la boda, atribuía tan delirante fantasía a perturbaciones originadas en los accesos de fiebre padecidos por Cañete durante su enfermedad. En todo caso, yo considero grave falta, tanto canónica como, incluso, humana, relatar las confidencias sacramentales y escasamente honrosas de un difunto que, además, había sido amigo y, más aún, que un tercero, igualmente clérigo y amigo, les preste oído y ponga por escrito.